

## Políticos corruptos y dignidad personal

■ Ante el deterioro de la confianza en las instituciones



Raimundo Abando

Siempre fui de la opinión, mis queridos lectores, de que la calidad de la vida democrática depende de la calidad de la sociedad civil que la sustenta. Y es por este razonamiento por lo que suelo ser duro con aquellas personas que critican la política y a los políticos en privado, pero que, por miedo, son incapaces de hacerlo públicamente. Como también pienso que las críticas hay que hacerlas con mucho rigor y con el respeto que todo ser humano se merece; incluso, aunque nos cueste, con los políticos corruptos.

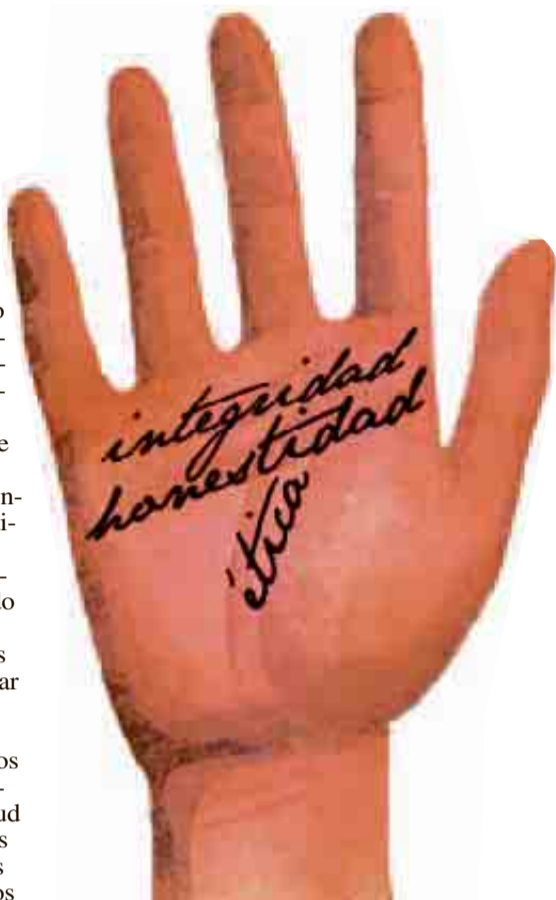
Por suerte para la democracia, los hábitos de los ciudadanos están cambiando y las críticas sociales son cada día más frecuentes. Los partidos y los dirigentes políticos ya no pueden obviar el malestar de una sociedad que ha manifestado un progresivo deterioro en la confianza de las instituciones. En los últimos años, los medios de comunicación y las redes sociales se han visto saturados por multitud de críticas y de bromas gráficas alusivas a las personas involucradas en los casos de corrupción más sonados. También los corruptos han servido de fuente de inspiración para programas de televisión que han tenido gran aceptación por parte del público. Es indudable que eso es propio de una sociedad democrática, donde la libertad de expresión es el principal pilar por el que todos los ciudadanos debemos luchar día a día.

Ahora bien, en lo que nunca se debe de caer es en las críticas injuriosas y en las ridiculizaciones de aspectos físicos que tocan a las personas de manera hiriente. Las sociedades modernas, como es la española, no pueden censurar las expresiones de humor, pero siempre tienen que exigir el respeto a la dignidad de la persona.

No cabe duda de que este viejo debate aumenta en la medida que crece el desprestigio de la actividad política. Además, la preocupación es mayor cuando se piensa en el impacto que puede tener en la fortaleza del sistema democrático. Todos sabemos que, desde hace unos años, el deterioro de la confianza de los ciudadanos en las instituciones es progresivo, particularmente en lo que respecta a los partidos y los políticos. La infinidad de casos de corrupción, financiación ilegal de partidos y tráfico de influencias ha exacerbado esta visión negativa por parte de la sociedad, al poner de manifiesto la opacidad de la relación entre los negocios y el poder político.

Es indudable que los medios de comunicación social deben abordar todos los casos de corrupción con amplitud y total transparencia, y nosotros tenemos que exigir que así sea. Ese es el valor de la verdadera libertad de expresión, que, de ser cortada, afectaría gravemente a la esencia de la democracia. Sin embargo, al igual que los medios de comunicación y las redes sociales, todos los ciudadanos, en un proceso de responsabilidad y autorregulación, debemos de cuidar ciertos principios básicos, como son el respeto a la dignidad de las personas y a las instituciones, pues son las bases de un buen sistema democrático.

Hace unos días, en un desayuno coloquio al que asistí, decía ese gran liberal que es don Antonio Garrigues Walker



*Para que comience esta nueva y necesaria etapa, los políticos y sus partidos deben tener una voluntad real de cambiar, asumiendo sus responsabilidades*

que hoy, gracias a la sociedad civil, los políticos son mucho menos corruptos que hace unos años. Y que, en gran parte, era porque los ciudadanos, cansados de tanta corrupción, nos habíamos atrevido a decirles “basta ya, hasta aquí hemos llegado”. Pero también es cierto que, sin olvidar que esa corrupción nos ha llevado a que tengamos una gran desconfianza en ellos, debemos hacer un esfuerzo conjunto para que, en la medida de lo posible, no vuelva a ocurrir, y en eso los medios de comunicación, las redes sociales y todos nosotros jugamos un papel crucial de cara a la responsabilidad social.

La preocupación y la desconfianza que hoy tiene la sociedad, como consecuencia de la corrupción, deben hacer cambiar a los políticos. Tienen que pensar que es necesario construir un entorno de menor confrontación, descalificación y conflicto, creando un clima de seguridad en ellos que responda a las exigencias de transparencia, integridad, ética y honestidad que toda la ciudadanía está reclamando, y que, al final, significará el renacer de la confianza en las instituciones. Claro que, para que comience esta nueva y necesaria etapa, los políticos y sus partidos deben tener una voluntad real de cambiar, asumiendo sus responsabilidades y demostrando a la sociedad que no volverán a corromperse. Y, a partir de ese momento, volveremos a tener una visión positiva de la política. Por otra parte, tan necesaria para el mantenimiento y el fortalecimiento del sistema democrático.

## La necesidad de volver a la normalidad

■ Reflexiones a partir de un libro desmitificador



Paco Abril

Imagínense que yo fuera un eminente especialista en Psicología de la Invención y les asegurara que ustedes han empezado a leer este artículo no porque les interesase, sino porque sufren un trastorno de ansiedad informativo compulsivo (TAIC) que les hace desear estar patológicamente informados de todo cuanto sucede en el mundo. Y que lo mejor que pueden hacer es ir corriendo a la primera farmacia de guardia y pedir una caja de Ansiedín de los laboratorios Gintec para aliviar su enfermedad. Seguro que, de inmediato, dejarían de leer estas líneas no para ir a una farmacia, sino para no perder el tiempo con semejante majadería.

Este ejemplo viene muy a cuento para, a partir del concienzudo ensayo titulado “Volver a la normalidad”, elaborado por Fernando García de Vinuesa, Héctor González Pardo y Marino Pérez Álvarez, abordar problemas cruciales relacionados con la salud, la educación y la política. Por eso, más que una reseña de un libro, pretendo aquí propiciar un acercamiento a la realidad ayudado por la sabia visión de estos tres investigadores.

Ya en el título de esta obra encontramos claras pistas sobre lo que sus autores pretenden. Si realizamos una excursión por los diccionarios Clave y María Moliner, comprobamos que volver es ir al punto de partida; esto es, regresar. También adquirir de nuevo el estado que antes se tenía, como cuando nos referimos a alguien que, recuperado de una enfermedad, recobra su alegría de siempre. Así que “volviendo” hace referencia a retornar a una situación anterior, se supone que mejor. En seguida veremos qué es lo que quieren los autores que vuelva a la normalidad. Pero antes indicaré que hay otras dos acepciones más de volver que también se podrían ajustar, aunque sea de manera metafórica, al propósito de este libro. Una es volver en el sentido de dar la vuelta, de hacer visible la parte que no se veía, y la otra es la de recuperar el sentido o el conocimiento perdido; esto es, volver en sí.

Esto en cuanto a volver. Ahora vayamos con el vocablo “normalidad”. Normal se aplica a lo que ocurre como de costumbre, sin nada raro o extraordinario. Por el contrario, la anormalidad, siguiendo la sabia guía de María Moliner, es una anomalía o una desviación, en particular cualquier desviación de lo que es habitual en un organismo o en la mente.

Si estos investigadores dicen que estamos volviendo a la normalidad, en seguida nos vienen a la cabeza preguntas tales como: ¿Hacia dónde nos hemos desviado? ¿Cuáles han sido las causas de este extravío? ¿Adónde hemos ido a parar? ¿Somos todos conscientes de esa anomalía? Y otra pregunta clave: ¿podemos afirmar de verdad que estamos retornando a esa deseada normalidad?

Los popes, guías o gurús que nos han llevado a ese territorio equivocado nos aseguran que ése es el único lugar, el verdadero, y que no hay otro. Ellos nos han vendido lo anómalo como lo normal, y aseveran con argumentos impartidos cual si fueran dogmas de fe que esto es tan claro y evidente como que el sol sale cada mañana.

Ha llegado el momento de revelar cuál es el territorio anómalo al que se nos ha

desviado y en el que estamos situados.

Pues ese territorio es un lugar fuertemente medicalizado en el que a los niños se les ha etiquetado con enfermedades que no se ha probado que lo sean, como la del trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), donde problemas cotidianos se quieren resolver a base de potentes fármacos; donde la obsesión por etiquetar a los recién llegados al mundo con rótulos patológicos ha calado tan hondo en la población que muchos padres, cuando ven a su hijo moverse un poco más de lo que consideran normal, se preguntan desasosegados si su niño no será hiperactivo, y, donde, en fin, ciertos expertos, apoyados por las poderosas industrias farmacéuticas, se sacan de la manga “pruebas irrefutables” indicativas de que esas nuevas patologías poseen una raíz neurobiológica de origen genético que sólo se pueden controlar a base de medicación permanente.

*Muchos padres, cuando ven a su hijo moverse un poco más de lo que consideran normal, se preguntan desasosegados si su niño no será hiperactivo*

¿Y adónde quieren que regresemos los autores de este libro? Pues a un tiempo –y aquí tiempo no se refiere al pasado, sino a un nuevo territorio no errado– donde los problemas de los niños se vean y se afronten como tales, sin etiquetarlos de enfermedades reales; donde padres, maestros y niños entiendan que en la educación todos estamos comprometidos, y eso significa tener capacidad de decidir, de asumir responsabilidades y de buscar soluciones a los problemas, sin depender de falsos remedios que no nos conducen a la autonomía, sino a la mayor de las dependencias. Un lugar donde primen, como bien se dice en el libro, la cordura, el sentido común y la responsabilidad de unos y de otros, donde los partidos políticos no se dejen influir por los grupos de presión de las grandes potencias farmacéuticas y donde, en fin, se ponga oído atento para escuchar lo que de verdad piensan y sienten los niños y las niñas, para que sus palabras sean tomadas en consideración.

Pero ese volver a la normalidad no va a ser nada fácil. Hay demasiados intereses en juego. En una de las emisiones de “Salvados”, el magnífico programa de televisión de Jordi Évole, un médico se atrevió a decir que se estaban inventando enfermedades como el TDAH. Al poco, surgió una airada réplica de ciertos profesionales, propagada por YouTube, en la que afirmaban muy ofendidos que ese trastorno era una compleja enfermedad neurológica y que no reconocerlo suponía una irresponsabilidad social y una supina ignorancia por parte de quienes lo negaban. Eso sí, razones contundentes que rebatieran los argumentos de quienes los acusan de crear una enfermedad imaginaria no ofrecieron ninguna.

Volver a la normalidad no será fácil, no. Tendremos que aprender a debatir, a cuestionarnos lo que se nos ofrece como verdad incuestionable, a no dejarnos apabullar por argumentos de vendedores de humo... Tendremos, en suma, que empezar a desandar el camino que nos trajo hasta aquí. La tarea es difícil, sí, pero también necesaria y fascinante.